

Olmedo Ramos, Jaime (ed.). *Las cosas de la vida. Cartas de José María de Pereda a Manuel Marañón (1877-1897)*. Madrid, Colección Obra Fundamental Banco Santander, 2024, 372 pp.

ALICIA REINA NAVARRO
Universidad Complutense de Madrid
alireina@ucm.es
ORCID: 0000-0003-0690-3764

QUIEN TIENE UN SECRETO, tiene un tesoro. Quien tiene un tesoro asume una gran responsabilidad. No es de extrañar, por tanto, que haya sido el académico, Jaime Olmedo Ramos, el garante de las cartas inéditas que José María de Pereda intercambió con Manuel Marañón durante veinte años de intensa vida en correspondencia. La esmerada labor de edición y transcripción que ha llevado a cabo este especialista en Historia y Literatura españolas ha sido esencial para la publicación de lo que, felizmente, ha titulado *Las cosas de la vida*; un trabajo con valor intrínseco que pone de manifiesto el talento de Jaime Olmedo como investigador y su talante como persona.

Acostumbrados, como estamos, a la indagación en torno a la obra novelística del escritor cántabro, la sorpresa de contar con esta correspondencia desconocida ha sido mayúscula en el ámbito de la filología e historiografía nacionales. Esta edición añade profundidad a la imagen bidimensional de Pereda, invitándonos a desentrañar las complejidades del hombre que se esconde detrás del mito literario. El libro, publicado por la Colección Obra Fundamental de la Fundación Banco Santander, rescata las misivas más íntimas que el polanquino escribió a su apoderado en Madrid entre los años 1877 y 1897, y revela su habilidad para comunicar pensamientos y sentimientos en el más auténtico de sus cuadros de costumbres: la vida propia. Este conjunto de cartas no solo destaca la conexión existente entre dos grandes persona-

lidades del ciclo realista, José María de Pereda y Manuel Marañón, sino que subraya la relevancia del género epistolar en su dimensión social y emocional, ofreciendo una visión más rica y matizada de la experiencia que Pereda tuvo como escritor, editor y amigo. Profundicemos, a continuación, en el indiscutible valor documental de esta publicación.

El valor intrínseco de estas cartas es incuestionable. Podrá comprobarlo por sí mismo el experto que las consulte, pues constituyen un testimonio autobiográfico sin precedentes en su correspondiente ámbito de estudio. ¿Qué información valiosa descubren? Tanto las pequeñas como las más admirables *cosas* que se sucedían en el diario acontecer de la vida del escritor, así como la evolución de su relación de amistad con el mentado Manuel Marañón, padre de don Gregorio, siempre a su disposición como fiel colaborador, en la distancia que constituía aquel hervidero cultural y político del Madrid decimonónico.

Resulta imperioso hacer en este punto una advertencia, dada la naturaleza del epistolario. Avanzamos que, para aquel que juzgue lo prosaico de la vida como experiencia prescindible o inútil, erra la vocación. *Las cosas de la vida* sobre las que escribía Pereda a Marañón están impregnadas de su personalidad: hablan de sus anhelos, sus deseos, sus inquietudes y sus dolores; revelan su manera de ser, sus manías, su capacidad para gestionar el trabajo y la familia, su forma de ejercer el oficio; perfilan, en definitiva, sus virtudes y defectos, como persona y como escritor, advirtiendo la parte humana que sustenta todos sus encuentros con la inspiración creadora. Así, el regalo emerge y se ensancha hasta fundirse con la parte menos glamurosa, y por ello más significativa, de la experiencia. La propia lectura desbroza el terreno para extraer los momentos estelares de una vida sencilla, esto es, verdaderamente personal y literaria. *Las cosas de la vida* es un libro que nos permite entender, en palabras de Olmedo Ramos, por qué la «excelencia es siempre una trabajosa victoria sobre la trivialidad».

Otra de las razones por las que merece la pena leer las cartas de José María de Pereda a Manuel Marañón es que resultan profundamente elocuentes en su cronología, pues abarcan desde los albores de su carrera novelística en 1877 hasta su ingreso en la Real Academia en 1897. Jaime Olmedo ha detectado, además, que en la medida en que estas epístolas revelan la personal experiencia de vida de Pereda, también reflejan las dificultades patentes en el proceso editorial de aquel escritor que hubiese desarrollado su carrera en la etapa del realismo español. Al margen de esta extrapolación, en su singularidad de perfeccionista, Pereda supervisaba cada detalle del proceso de publicación, desde el diseño hasta la mercadotecnia, lo que le conducía a experimentar ocasionalmente agotamiento somático e intelectual. El impacto negativo que las reseñas o glosas tenían en su autoestima refrendan esta debilidad. *Las cosas de la vida* que le sucedieron a José María de Pereda constituyen un verdadero hallazgo para su desarrollo creativo, marcado, en el caso paradigmático de *Peñas arriba*, por la tragedia del suicidio del hijo.

Jaime Olmedo identifica en la correspondencia de Pereda un segundo núcleo temático, íntimo y emocional, que trasciende las trivialidades diarias o las exigencias del oficio literario. El tono fraternal y cercano de las cartas evidencia una amistad que se va consolidando gradualmente a lo largo de veinte años de colaboración. De manera que hay misivas verdaderamente personales que muestran facetas hasta ahora desconocidas de ambos intelectuales. El temperamento de Manuel Marañón manifiesta a un hombre extremadamente leal, siempre dispuesto a atender los requerimientos de su amigo con una paciencia casi «beatífica». Durante décadas, Marañón fue el apoyo incondicional de Pereda, gestionando favores, mediaciones y patrocinios en la capital, lo que el polanquino agradecía sinceramente en su reconocimiento de ser una carga para el amigo. En correspondencia, Marañón era uno de sus más queridos allegados. Este afecto se extiende al ámbito familiar a tenor de que ambos se reconocían generosa y frater-

nalmente. Hombres ciegamente comprometidos con su trabajo que van advirtiéndolo, a fuerza de frustraciones y adversidades, la importancia de sacar adelante a la familia. El resultado es una comunicación que evoluciona hacia temas cada vez más trascendentes: la atención por el bienestar de los hijos y por el estado de las relaciones maritales. Todo esto fielmente reflejado en las referencias hogareñas, en el intercambio de recuerdos conmovedores, en las fotografías que se comparten y en los regalos que se remiten. Olmedo describe esta relación entre las familias Pereda-Marañón como una devoción profunda y cariñosa, subrayando la preocupación mutua que ambos expresaban por la salud física y emocional de sus seres queridos. A medida que avanzan las cartas, las menciones a la enfermedad y a la pérdida se vuelven dolorosamente habituales, intensificándose hacia el final del epistolario, cuando la ausencia del hijo de José María y la prematura muerte de la esposa de Manuel, a los treinta y un años, sella definitivamente la amistad de dos hombres que, pese a *las cosas de la vida*, se sienten afortunados de vivir para sostenerse solidariamente.

En conclusión, las cartas desconocidas que José María de Pereda envió a Manuel Marañón, durante los veinte años más importantes de su trayectoria, representan un hito en la comprensión de la vida personal y literaria del célebre autor cántabro. Jaime Olmedo Ramos, en una labor rigurosa de transcripción y análisis, ofrece una ventana al alma de uno de los escritores más relevantes del realismo español, mostrando, no solo la evolución de su amistad con Marañón, sino también las complejidades de un hombre comprometido con el oficio de escribir. La publicación de *Las cosas de la vida* ha revelado una dimensión íntima de José María de Pereda que profundiza en las preocupaciones cotidianas del novelista, sus dificultades en el proceso editorial y el impacto emocional que la vida tenía sobre su carácter. La riqueza del epistolario no reside únicamente en su valor documental, sino en la humanidad que impregna cada carta, desde los pequeños detalles familiares hasta las grandes tragedias que marcan la existencia. Esta es la

historia de una amistad forjada en el amor a la literatura y capaz de manifestarse más allá de lo estrictamente profesional. Historia que es testimonio de lealtad, afecto, altruismo y honestidad. Jaime Olmedo ha logrado desentrañar la naturaleza trascendente de estas cartas, revelando cómo las relaciones interpersonales y los lazos familiares influyeron en la obra y en la vida de ambos hombres. En su generosidad, el editor de *Las cosas de la vida* ha expuesto un brillante conocimiento en la hermenéutica del género epistolar. Paradójicamente, para este especialista, su trabajo no es más que «mies preparada para hacer gavillas». Sin embargo, podrá comprobar el lector que el trabajo que ha llevado a cabo Jaime Olmedo Ramos constituye, objetivamente, un valioso legado. A partir de ahora, como reza la parábola de los talentos, debemos invertirlo con plena conciencia para aprovechar y multiplicar este don que se nos ha sido confiado.